

Rafael Francisco Díaz. *WALTER BENJAMIN. LA HERIDA DE LA LIBERTAD SE ABRE HACIA ADENTRO*. Santiago: Ediciones El Mercurio, 2022: 447 pp.

La trágica muerte de Walter Benjamin en la frontera de España mientras intentaba escapar del fascismo es parte esencial de su culto. Muchos han insistido en el desafortunado *timing* del escritor alemán: apenas uno o dos días después de suicidarse habría quedado sin efecto la orden de devolver a Francia a todos los refugiados detenidos en la frontera. De haber esperado un poco más, dicen, quizá se hubiera salvado. Otros han visto en su muerte el anticipo del cataclismo que vendría, una representación sacrificial, o bien, el único acto de rebeldía posible en esas circunstancias. Tampoco faltan las teorías conspirativas que afirman que fue ejecutado por la Gestapo, la policía franquista e, incluso, por agentes de Stalin. Volver sobre los últimos días de Benjamin es, pues, un acto arriesgado: ¿se puede decir algo nuevo sobre una historia que ya tiene visos de mito, símbolo o parábola?

El etnomusicólogo Rafael Díaz, ganador de la última versión del Premio Revista de Libros, ofrece a todas luces una perspectiva original sobre este tema. Estructurado como una bitácora de investigación, su libro puede leerse como una historia detectivesca, un escrito autobiográfico, una biografía cultural de Benjamin y hasta como una novela picaresca en el Madrid contemporáneo. La búsqueda de un manuscrito perdido, un ensayo sobre *El proceso* de Kafka en el que Benjamin habría estado trabajando los último ocho años de su vida, es el misterio literario que, en apariencia, guía la investigación del autor: qué pasó con el texto, por qué no estaba entre las pocas pertenencias del escritor cuando murió, cuál era su hipótesis, quién lo hizo desaparecer y por qué. Pero la fuerza del libro (aquello que atrapa realmente al lector) nace, a mi juicio, de las condiciones especiales en las que se realiza esta pesquisa. El investigador es un chileno de ascendencia judía, fugitivo de la policía migratoria española, sin documentos ni dinero, ni siquiera para permitirse un desayuno de 1.20 euros en un Dunkin' donuts: "Lo peor es que es verdad. El capitalismo es maravilloso si tienes 1.20 euros. Parece fácil, pero es difícil. Por ahora, estoy fuera del capitalismo" (63).

Díaz recrea así la "condición liminal" en la que Benjamin escribió sus últimos textos: en la frontera, en la incertidumbre sobre su destino, en el cruce de diferentes géneros y tradiciones. Cumple además con uno de los requisitos que el pensador alemán exigía al historiador: incluir en su análisis "su propia condición amenazada". Esta puede identificarse con las condiciones inmediatas de pobreza y persecución (fatales en el caso de Benjamin, transitorias en el caso del autor), pero también con un contexto más

amplio: el capitalismo, sistema donde el escritor no puede cumplir plenamente con su vocación. “El ritmo incesante de la vida en Chile no permite que alguien se quede atrás” (361). No hay tiempo, según observa el autor, ni para detentarse a recoger un zapato perdido en medio de la corriente humana que se forma cada mañana en el metro. La mujer descalza bien quisiera detenerse y recuperar su sandalia. Pero la marea humana es tan poderosa que la empuja inconteniblemente hacia la salida.

En algún momento la búsqueda del manuscrito se convierte en una investigación acerca del destino de los abuelos maternos de Díaz, judíos franceses desaparecidos en 1940, el mismo año de la muerte de Benjamin, cuando intentaban llegar a Marsella para embarcar a Argentina (su madre y sus tíos, niños entonces, habían llegado a Chile el año anterior, beneficiados por las diez mil visas que otorgó el gobierno de Pedro Aguirre Cerda a los refugiados que huían de Europa). El autor no llega a ningún resultado seguro: un nombre consignado en las memorias de un sobreviviente del campo de Ensheim puede o no corresponder al de su abuelo relojero: Rëphael Silman (apellido que sus tíos, una vez en nuestro país, castellanizarían como Silva). Al regresar a Chile lo único que puede hacer para reunir simbólicamente a su madre con sus abuelos es cumplir con la última voluntad de la primera: ser enterrada con su nombre judío en el cementerio de disidentes de Valparaíso. Para ello debe primero exhumar sus huesos del Cementerio General:

La pala choca con algo más duro: es el fémur largo de mi madre, una mujer de un metro y setenta y ocho, mi padre debió subirse a un sillín para posar con ella en la foto de matrimonio; aparecen unas costillas de su espigado cuerpo, la mandíbula se desprende de su calavera y parece decir su última palabra. La carne no está, el espíritu tampoco, sólo sus huesos persisten, sus huesos demandan a los abusadores del mundo diciendo, “aquí estoy”; sus huesos interrumpen el olvido emergiendo en la luz del día; los huesos resisten el olvido, el más corrosivo de los ácidos; los huesos resisten esta mañana, este día, esta noche de soledad en un hotel, como un turista en mi propio país, resisten la propia extrañeza de mi nombre que no reconozco, resisten el peso de Chile, el paso de los siglos sobre un país sin un Dios que lo redima, un país que debiera llamarse tumba o campo de exterminio (358).

En cuanto al destino del último ensayo de Benjamin, Díaz es terminante: fue Theodor Adorno la última persona que lo tuvo entre sus manos y quien lo destruyó. A partir del estudio de la correspondencia entre Benjamin y G. Scholem, el autor concluye que el texto en que trabajaba el primero proponía para *El proceso* una estructura diferente a la establecida por Max Brod, el amigo y albacea literario de Kafka, en su edición de 1925: “El problema es que si se difundía la versión de Benjamin de *El proceso*, la de Brod quedaría seriamente en cuestión y eso podría significar una catástrofe económica en términos editoriales, ya que la versión de Brod perdería legitimidad y

se volvería obsoleta” (207). Para proteger a Brod, con quien Adorno había establecido “una sólida y eficaz relación comercial basada en sus respectivos manuscritos” (208), este habría optado por hacer desaparecer el ensayo de Benjamin.

Estas hipótesis conforman la parte más polémica y debatible del libro de Díaz. No sólo porque es imposible probar que Adorno haya destruido el manuscrito perdido, o que este haya estado efectivamente en el maletín que Benjamín atesoraba en su huida, sino porque encarnan una visión bastante dicotómica, casi esquemática, de la compleja relación que unió a ambos pensadores y de las diferencias (sobre todo políticas) que los enfrentaron: “Con la distancia que dan los años, podemos concluir que Adorno ejerció sobre Benjamin una extraña relación de protectorado castrante. Adorno siempre fue mucho más hábil que Benjamin para desenvolverse en el mundo real. De hecho, Adorno sobrevivió sin problemas y Benjamin se metió en un callejón sin salida (256).

Dicho lo anterior, hay que reconocer que las especulaciones de Díaz sobre el destino de Benjamín son, independiente de su verosimilitud, sugerentes. Por ejemplo: ¿qué hubiera pasado si Benjamin hubiera emigrado a México y hubiera entrado en conocimiento de la obra fotográfica de Juan Rulfo?

Mención aparte merecen, finalmente, las fotografías incluidas en el libro. Además de las esperables en una biografía (Benjamin de niño, el hijo de Benjamin, la cuenta del hotel donde murió, su documento de apátrida, etc.), hay varias otras tomadas por el propio autor durante su pesquisa. Son fotografías en blanco y negro, nada llamativas, tomadas claramente por un amateur (la rambla de Portbou, una vista desde el tren a Barcelona, un conjunto escultórico en el Valle del Jerte, etc.). Recuerdan en algo a las que utiliza W. G. Sebald, y no sería descabellado suponer que sugieren una crítica de la imagen. Otro aspecto de este libro notable que merece ser analizado con detención.

Catalina Olea  
Universidad de Chile

